

Ignacio Sánchez-Cuenca

Los cambios en España, sus límites y perspectivas

(Página Abierta, 248, enero-febrero de 2017).

Extenso extracto de una conferencia pronunciada en la sede de Acción en Red de Madrid el pasado 20 de enero de 2017. Hemos mantenido en este texto el tono coloquial propio de una charla.

Creo que lo más importante, para entender los cambios que se han producido en este último periodo en España, es apreciar la salida del momento turbulento de la crisis y de sus últimos coletazos, y que se está procediendo a una clara estabilización en todos los indicadores (económicos y políticos). Y es necesario, en cualquier reflexión política sobre el presente, tener en cuenta esta nueva fase de estabilización en la que estamos entrando, aunque mucha gente es escéptica al respecto.

En primer lugar, está habiendo una recuperación económica, si miramos los datos objetivos. España es uno de los países que está creciendo a un ritmo mayor en la Unión Europea (por encima del 3%, algo bastante digno de asombro), lo cual permite dejar de lado el pesimismo que había en los años anteriores a esta estabilización; es decir, en los años duros de la recesión. Por supuesto, es una recuperación económica muy desigual que se está haciendo a costa de una devaluación salarial muy intensa, que ha dejado atrás a la generación más joven. Una generación sin esperanza de lograr trabajos dignos y estables.

En buena medida, la estabilización también se ha producido porque esa recuperación económica ha sido debida a un cambio en la política monetaria en la Unión Europea. A partir del 2012, cuando todo estaba a punto de estallar y la prima de riesgo de España y de Italia había superado los 600 puntos y había un riesgo objetivo de que pudiera explotar el sistema financiero y monetario europeo, se produjo una reacción *in extremis* del Banco Central Europeo, que decidió abrir la mano y empezar a actuar como prestamista en última instancia, algo que no había querido hacer con los países del sur de Europa durante los cuatro primeros años de crisis.

Esto ha sido crucial, y ahora hay muchos comentaristas del *establishment* que consideran que Draghi nos ha salvado la vida. Sin embargo, hay que entender que Draghi y la política del Banco Central Europeo se basa en lo que ya algunos expertos llaman política monetaria coactiva, es decir, primero te fuerzan, te ahogan a hacer las reformas que la población no quiere asumir, bajo la amenaza de que si no se actúa así se produce el colapso financiero, y, una vez que esas reformas han sido aprobadas, entonces ya abren la mano y empiezan a apoyar la deuda de países que están al borde del precipicio. Eso es lo que sucedió en 2012 y lo que realmente ha contribuido a la estabilización de las economías del sur de Europa.

Además, en el plano político, se ha producido otro hecho estabilizador tras las dos últimas elecciones generales, tan próximas en el tiempo: el distanciamiento y la falta de entendimiento entre PSOE y Podemos, lo que ha impedido el cambio político. Y el resultado ha sido la continuidad en el poder de uno de los partidos más corruptos de la historia reciente europea junto con el partido de Berlusconi. El PP se ha mantenido un segundo mandato en el poder, lo cual, a mi juicio, es un gran escándalo democrático.

Pienso que en esta fase de estabilización el único motivo de incertidumbre para el sistema político y económico del país es Cataluña: la amenaza de ruptura que no ha sido desactivada ni sabemos cómo se va a desactivar. Esa situación es muy improbable que suceda porque sabemos que las secesiones solo se producen en países con niveles de desarrollo mucho más bajos del que tiene España ahora

mismo; no hay ningún caso conocido de secesión con los niveles de renta per cápita que tiene España ahora mismo.

Es verdad que ha estado cerca de suceder en Escocia y en Quebec, pero al final no ha sucedido porque a la gente le entra cierto miedo con respecto al futuro. Lo lógico, es que no haya ruptura, aunque el cerrilismo de las élites españolas con la cuestión nacionalista podría provocar algo totalmente insólito desde el punto de vista comparado. Pero, aparte de Cataluña, lo demás está bajo control.

Un hecho que lo avala es la estadística de la evolución del apoyo electoral en España desde el 2011 hasta el 2016. El Partido Popular sufre una caída muy fuerte al comienzo de su etapa de Gobierno cuando pone en práctica las primeras reformas que suponen recortes de casi 6.000 millones de euros (ocho veces más que los recortes de Zapatero en mayo del 2010); y tiene una pérdida de apoyo popular considerable y una erosión bastante constante hasta 2015. Pero, a partir del 2015, lo que vemos es que la derecha se recupera.

El PSOE se mantiene en una tendencia bajista pero bastante estable y Podemos oscila mucho. Podemos comienza muy fuerte cuando aparece en las primeras encuestas, a finales del 2014, y ahora se mantiene con subidas y bajadas. Y en este momento, estos dos partidos están con posiciones parecidas.

Lo que esto nos indica es que tenemos derecha para rato. Es decir, si han conseguido pasar los cuatro años con una recesión fortísima, con unos recortes insólitos en la historia demográfica española, con unos niveles de corrupción que solo son comparables a los de Berlusconi, en perspectiva comparada, la impresión, pues, que da es que queda derecha para rato.

Por otro lado, más allá de los partidos políticos, lo que se observa es que la opinión pública, la ciudadanía, está recuperando –lentamente, eso sí–, la confianza en las instituciones. Entre 2008 y 2012 se produce una caída brutal en todos los indicadores de calidad institucional en España, la ciudadanía se aleja a marchas forzadas de su sistema de representación política y hay una crisis que sólo es comparable a la de Grecia. No hay ningún otro país de la Unión Europea donde caigan tanto los indicadores como en España.

Sin embargo, vemos que, tras esa caída tan profunda, a partir del 2013 hay un punto de inflexión y cambia la tendencia.

Observando la respuesta a cada institución valorada, el Ejército en este periodo es la institución que menos cambia de valoración positiva, la única que genera confianza en la sociedad, junto a la Guardia Civil. Son como los dos pilares de resistencia del Estado frente al resto de instituciones.

La Monarquía cayó en picado, de hecho la que más en términos relativos, pero se estabiliza y consigue recuperarse con bastante fuerza tras la abdicación de Juan Carlos I. Y el resto de indicadores tienen una ligera recuperación, por lo menos han abandonado la pérdida tan fuerte del periodo observado, sobre todo en los años 2012 y 2013.

Si no hay ninguna catástrofe económica en los próximos tiempos, si no vuelve a haber ningún *shock* que produzca una recesión ni nada por el estilo, si la economía se mantiene a tasas razonables de crecimiento, lo lógico es que estos indicadores continúen su recuperación. Costará mucho llegar a los niveles pre-crisis porque hay que recordar que en el año 2007 los españoles estaban más satisfechos con la democracia española que los daneses con la suya; ese es un dato que se pasa un poco por alto.

Hoy resulta algo absurdo que alguien pensara que un español pudiera estar más satisfecho de su sistema político que un danés del suyo, pero en el año 2007 era así. Por supuesto va a costar mucho volver a esos niveles tan positivos, que, en

buena medida, venían inducidos por la marcha de la economía, debida a la burbuja inmobiliaria que traía beneficios a grandes sectores de la población. Pero, aun así, esos indicadores de confianza se están recuperando y lo lógico es que sigan recuperándose en los próximos tiempos.

Si miramos a otro indicador, muy grueso, el de la protesta social como son las manifestaciones (partiendo de los datos del Ministerio de Interior), se ve claramente como hay un aumento impresionante en el número de manifestaciones desde antes de la crisis hasta lo más profundo de ella, en 2012; pero, a partir de ese año, esa forma de protesta en la calle empieza a descender. Es decir, la presión que viene desde abajo sobre el sistema empieza a remitir; y, por supuesto, las élites políticas, conscientes de ello, sienten menos presión sobre sus decisiones, sabiendo que la tendencia a la protesta va a la baja.

Entonces, en definitiva, tenemos, por una parte, que la fuerza electoral de la derecha es mayor que la de los partidos de izquierda, más volubles y divididos; que, por otra, asistimos a una recuperación de la confianza en las instituciones, aunque débil; y por último, nos encontramos con una clara tendencia bajista en la protesta que tiene mucho que ver con el ciclo económico.

Todo esto indica que la oportunidad de cambio profundo que se abrió en España entre los años 2010 y 2015 está cerrándose muy rápidamente; y esto para mucha gente será una noticia negativa, imagino, pero creo que hay que reconocer que es así. Se abrió un momento en que parecía que el sistema se estaba deshaciendo, que el sistema no daba más de sí, pero creo que hay motivos para pensar, y creo que así lo consideran también las propias élites del sistema, que ha pasado "lo peor".

¿Qué es lo que nos enseña la historia desde el punto de vista comparado en cuanto a cambios políticos profundos? Conocemos que las democracias desarrolladas son extremadamente estables. De hecho, no habido ninguna democracia que se haya venido abajo si superaba la renta per cápita de Argentina en 1976. Argentina es el país más rico del mundo en el que la democracia colapsa y da lugar a una dictadura. Eso ocurrió en ese año y desde entonces ninguna democracia que tuviera una renta per cápita como la de Argentina o superior ha sufrido nunca un colapso. En conclusión, las democracias son extremadamente estables.

Entonces, no hay peligro alguno de que el régimen se tambalee. Entendiendo régimen, por una democracia liberal, representativa. Creo que la probabilidad de que eso suceda es próxima a 0. Tampoco hay experiencias en nuestra historia reciente comparada de procesos constituyentes en las democracias.

La última crisis profunda de una democracia avanzada es el paso de la IV a la V República en Francia. Ahí se produce un cambio del sistema democrático por una vía no plenamente democrática, y se puede hablar abiertamente de un golpe de Estado de Charles de Gaulle para dar ese paso. Pero es la última experiencia de una transformación profunda del sistema político que se produce en países grandes y desarrollados, exceptuando el caso excepcional de Islandia.

El que no haya habido siquiera procesos constituyentes, lo digo porque en buena parte de la izquierda se ha producido un cambio de las esperanzas revolucionarias, anteriores a los años setenta y principio de los ochenta, transformándolas en la expectativa de un proceso constituyente. No va a ser una revolución violenta, no va a haber masas en las calles, pero se puede dar tal nivel de desgaste en el sistema que muchos piensan que podría ponerse el contador a cero desde el punto de vista institucional y que se instaurara un proceso constituyente. Podemos, de hecho, en sus primeros momentos insistió muchísimo en esa perspectiva.

Sí se han producido en Latinoamérica, por supuesto, pero para países con niveles de renta mucho más bajos.

¿Qué nos enseña la experiencia reciente, aparte de la historia comparada? Pues que ha habido un caso excepcional: la victoria de Syriza en el 2015 en Grecia. ¿Por qué digo que es tan anómalo? Porque es la primera vez desde las elecciones llevadas a cabo en la posguerra de la Segunda Guerra Mundial, a finales de los 40, que gana unas elecciones un partido a la izquierda de la socialdemocracia. Es la primera vez que pasa en toda Europa occidental. Entre 1945 y 1950, los comunistas ganan las elecciones en Francia y los italianos sacan más de un 30%, pero eso sucede en un momento muy excepcional que tiene que ver con el papel de la resistencia y con la liberación de esos países tras la Segunda Guerra Mundial; y no tiene continuidad.

Por supuesto, la victoria de Syriza genera una inquietud enorme en Europa, y ya hemos visto lo que ha sucedido. Syriza ha sido aplastada por los acreedores y por las instituciones internacionales, y hoy no es más que una sombra de lo que pudo ser. Lo vimos especialmente ante el referéndum de julio del 2015, que tuvo que soportar una respuesta brutal por parte del sistema político-económico europeo, una señal que se lanzaba a cualquier otro país que tuviera la tentación de cuestionar el reparto de sacrificios que se había acordado entre deudores y acreedores dentro de Europa.

Ante este caso único de victoria electoral de un partido a la izquierda de la socialdemocracia, ya se ha encargado la Unión Europea de que eso no tenga consecuencias prácticas de ningún género. Que Syriza no es el aparato clientelar en que se transformó el PASOK, desde luego. Que el PASOK ha colapsado y ha sido reemplazado enteramente por Syriza, sí. ¿Ha podido hacer Syriza políticas distintas a las que dictaba la Troika? No, no ha podido hacerlo, no ha tenido oportunidad alguna de poner en práctica su programa político.

Podemos haber señalado que España no es Grecia, que España representa un 10 o 12% de la economía europea, y que, por lo tanto, si en España venciera un partido de izquierda a la socialdemocracia, nuestro país no podría ser aplastado como lo fue Grecia. Y es verdad que España tiene un poder de negociación mucho más fuerte que el que tiene Grecia, pero, aun así, me temo que ante una amenaza de ruptura del equilibrio al que se ha llegado entre acreedores y deudores se dejaría caer la economía española antes que permitir que hubiera un cuestionamiento de las políticas que se han seguido con la crisis de la deuda pública.

Todos estos elementos me hacen ser especialmente escéptico sobre la posibilidad de que todavía pueda haber un cambio profundo en España después de esa ventana de oportunidad que se produjo en los años peores de la crisis y que ahora está cerrándose.

Voy a proponer aquí algunos argumentos un poco más abstractos de por qué soy escéptico con respecto a la posibilidad de un cambio profundo. Son tres los factores que a mi juicio frenan un cambio político. El primer factor es que el desarrollo económico produce mucha aversión al riesgo.

Sabemos que en los países desarrollados la gente es más aversa al riesgo, y si se quiere, en términos más marxistas, porque tiene mucho que perder, no tiene que perder solo las cadenas. En términos más de teoría económica actual, los economistas hablan del coste-oportunidad que tiene sacrificar ciertos logros institucionales que pueden conllevar un valle de lágrimas o que pueden conllevar años de sacrificio, y la gente no está dispuesta a pasar por eso. Hay gente que sí puede estar dispuesta, pero no se producen mayorías sociales en torno a propuestas de cambio que sean arriesgadas.

Esto es lo que explica, por otro lado, que, en sociedades tan golpeadas como la española o, incluso aún más, la griega, no se haya desarrollado un movimiento de oposición al euro; algo, desde el punto de vista sociológico, asombroso. En España y en Grecia, en Portugal y en Irlanda, y en menor medida en Italia, se han apretado mucho las tuercas, los índices de pobreza han aumentado, los índices de paro y desigualdad se han disparado, ha habido una sensación masiva de injusticia, de que el reparto de las cargas no era equitativo, y, sin embargo, no ha habido oposición al euro. Ha habido mucha protesta contra el sistema, contra la Troika, contra la Constitución del 78, contra lo que sea, pero el euro no se cuestiona, ni siquiera en Grecia, con una pérdida de actividad económica del 25% del PIB.

¿Por qué? ¿Porque son masoquistas? Evidentemente, no. Es porque estos países, incluso Grecia, tras los recortes sufridos y el empobrecimiento masivo, tienen, aun así, suficiente nivel de desarrollo para saber que si se arriesgan a romper con el euro les esperan unos años muy difíciles. Nadie quiere pasar por eso; y cuantos más recursos tiene la gente, menos lo quiere hacer.

Hay que pensar que en España el 85% de las familias son propietarias de piso y ese es un activo muy fuerte, y si se desvaloriza, lo pasa mal. Hay que considerar que en España hay diez millones de inversores, es decir, que tienen acciones en bolsa o que tienen inversiones en planes de pensiones, etc. Toda esta gente, que es realmente la mayoría de la sociedad, no está por la labor de arriesgar demasiado. Es así en todas las sociedades desarrolladas.

Hay un segundo motivo por el cual se frena el cambio político en las sociedades desarrolladas, son las restricciones supranacionales en las que nosotros mismos nos hemos metidos de forma voluntaria. Los países occidentales de Europa han renunciado a buena parte de su soberanía por un proyecto que, en principio, sonaba muy bien como era la integración económica con el modelo social europeo, pero, a medida que ha ido avanzando la integración económica con la unión monetaria, lo del modelo social europeo todo el mundo se ha ido olvidando.

De hecho, las élites europeas ya no hablan del modelo social europeo, yo no lo veo por lo menos en los documentos europeos. Hoy por hoy, la Unión Europea es sobre todo un área económica y monetaria y ya el modelo social ha desaparecido. La famosa ciudadanía europea que consiguió España en sus negociaciones con el Tratado de Maastricht también ha pasado a la historia, no tiene contenido sustantivo ninguno.

Entonces, la Unión Europea ha quedado, sobre todo, como un entramado institucional que restringe normalmente la capacidad de toma de decisiones a nivel nacional. Eso produce lo que he llamado en un libro anterior una impotencia democrática que, por supuesto, tiene consecuencias de muchos órdenes distintos: produce desafección, produce desconfianza hacia la democracia, produce reacciones de muy diverso tipo; pero, desde luego, lo que no permite es la posibilidad de que un país decida seguir un rumbo propio en función de la opinión de su ciudadanía. Lo hemos visto en el caso de caso de Grecia que mencionaba antes.

Y hay un tercer factor muy importante que es que España es un país muy endeudado con el exterior, la mayor parte del total de la deuda. A pesar de los ajustes que se han producido, la deuda externa, privada y pública, sigue siendo del 180% de nuestro PIB. Por lo tanto, si hiciéramos cosas que pusieran nerviosos a las personas o a las instituciones que nos prestan dinero para mantener este nivel de endeudamiento, el país se vendría abajo.

Sobre ello mucha gente no conoce los datos pero tiene la percepción, la intuición, el olfato de saber que si jugamos mucho con ciertas cosas se va a producir un cuestionamiento de nuestras fuentes de financiación externa y eso produciría inmediatamente el colapso del país. Hay otros países que están muy endeudados,

como Italia, pero están endeudados consigo mismo; es decir, Italia tiene más deuda que nosotros pero es deuda con sus propios ciudadanos.

Resumiendo, veo que hay tres factores genéricos que afectan a España, e igualmente a otros muchos países de nuestro entorno, que dificultan la posibilidad de cualquier cambio político profundo: por un lado, la aversión al riesgo que produce el desarrollo económico; por otro, la camisa de fuerza en la que nos hemos metido con la Unión Monetaria, de la que ahora nadie se atreve a salir por los costes de transición que tendría, y, en tercer lugar, porque tenemos una dependencia económica externa muy fuerte. Estas tres cosas hacen que sea muy difícil que una opción política de cambio radical o de cambio profundo consiga una mayoría social.

Veamos otra cuestión. ¿Qué está pasando en el mundo desarrollado? ¿Hasta qué punto podemos conectar lo que está sucediendo en España con esos cambios que se están produciendo, que crean cierto pavor, de avance de fuerzas xenófobas o ultranacionalistas? Por una parte, se ha gestado una caída muy profunda de la socialdemocracia, que era uno de los dos pilares de los sistemas políticos de Europa occidental desde los años cincuenta. Hay un período dorado de la socialdemocracia de los años 50 hasta los 70. Después empiezan las turbulencias, al principio con descensos limitados y a partir del año 2000 –y esto es interesante porque sucede antes de la crisis económica– en caída libre.

En la actualidad, el apoyo medio a la socialdemocracia en la Europa occidental está en torno al 25%. Partidos que tradicionalmente podían sacar por encima del 35% del voto, como el Partido Socialdemócrata sueco, el Partido Socialdemócrata austríaco, incluso el Partido Socialdemócrata alemán, hoy consideran que es un éxito si llegan al 25% del apoyo popular. Eso le sucede a uno de los dos pilares que mantenía los sistemas políticos occidentales. Pero no ocurre lo mismo con los partidos conservadores.

Por lo que hace al caso español, el apoyo electoral al PSOE fue espectacular en 1982 con un 48%. Porcentaje que fue decreciendo, pero manteniéndose por encima del 34% (año 2000). Volvería a subir con Zapatero hasta el 42,5% y 43,8% en 2004 y 2008 (año en el que con Zapatero logró el mayor número de votos de la historia de las elecciones generales en España). Después vino una caída fortísima, la segunda más fuerte en la Europa occidental: en pocos años, en ocho, la mitad de los votantes del PSOE han abandonado a este partido.

¿Qué acompaña a esta caída de la socialdemocracia? Pues ya lo sabemos: el surgimiento de partidos anti *establishment* (yo me resisto a utilizar el término populista, por lo controvertido de su uso). Hay una percepción muy extendida en buena parte de Europa de que los partidos tradicionales no resuelven los problemas, las injusticias de la economía contemporánea. De esto se acusa más a los partidos socialdemócratas que a los partidos liberales y conservadores.

Los nuevos partidos, los anti *establishment*, han puesto sobre la mesa la recuperación de la idea de soberanía, que en muchas ocasiones adquiere tintes ultranacionalistas, pero en otras tiene simplemente el matiz de querer recuperar la posibilidad de autogobierno colectivo; es decir, que una sociedad decida qué rumbo quiere seguir al margen de injerencias externas; y lo que es curioso es que en ningún caso hay un cuestionamiento del capitalismo. Ni los partidos de izquierda ni Syriza ni Podemos en el sur de Europa ni los partidos anti *establishment* del norte de Europa, nadie cuestiona el capitalismo porque nadie sabe qué significa un mundo sin capitalismo hoy.

Hay una recuperación de la idea de soberanía que puede adquirir tintes xenófobos o ultranacionalistas o puede adquirir tintes emancipatorios.

Otro dato de interés es que no hay un cuestionamiento del euro en los partidos de izquierda; ni Syriza ni Podemos se atreven a cuestionar abiertamente el euro, pero sí lo hacen algunos partidos de derecha, como el Frente Nacional en Francia o el Partido de la Libertad holandés. Es curioso que en la izquierda no haya habido todavía un partido fuerte que se haya atrevido a cuestionar abiertamente el euro. Les entra el miedo, temen que la gente no les vaya a seguir en este asunto.

Curiosamente, como digo, en España no hay ningún partido que critique el euro, pero el rechazo al euro está, más o menos, en el 35%, sin ningún partido que canalice esa demanda. Si hubiera partidos que atacaran abiertamente al euro, probablemente, lo niveles de oposición en la sociedad aumentarían pero no hay ningún partido que se atreva a hacerlo. Y en Grecia, ha pasado exactamente lo mismo.

Al comparar para toda Europa los resultados de las elecciones europeas en 2014 – es decir, en medio de la crisis– y en 2004 –antes de que hubiera crisis– se puede ver que, por algún motivo, durante la crisis en toda Europa quienes más apoyos pierden son los socialdemócratas. Yo esto no consigo entenderlo todavía. Los socialdemócratas habrán hecho muchas cosas mal; esto, seguro. Pero, ¿para merecer más castigo que conservadores y liberales? ¿Cómo explicar esa reacción de la gente?

Si separamos este comportamiento entre el sur de Europa y el resto de Europa Occidental, lo que observamos es que en el sur sí ha habido mayor castigo a los conservadores, pero sigue siendo más fuerte todavía el castigo a la socialdemocracia. Eso ocurre en España, Portugal, Grecia, Italia y Chipre. Y en el resto de Europa lo que vemos es que se castiga a la socialdemocracia, apenas se castiga a los conservadores y la extrema derecha sube espectacularmente.

De hecho, en el Parlamento Europeo actual es la extrema derecha la que tiene mayor porcentaje de eurodiputados: entre el 30 y el 32%. Aquí se ve claramente una tendencia muy distinta a la del sur de Europa, donde la extrema derecha apenas avanza, salvo el pequeño incremento que supone Amanecer Dorado en Grecia. En Portugal, España e Italia no habido avance de la extrema derecha ni de partidos xenófobos. En Italia ya los había pero no han crecido más, y en España y Portugal no han aparecido.

Bien, para concluir me gustaría presentar algunas ideas, todavía muy vagas, de por qué puede estar pasando lo que he descrito. Lo primero que quiero señalar es que creo que la crisis ha tenido un impacto diferente en el norte de Europa que en el sur. En el sur de Europa aprecio que las principales víctimas de la crisis, el principal colectivo golpeado, han sido los jóvenes. Las personas de más de 45 años con contratos estables han sufrido también, pero menos, “lo justo”, vamos a decirlo así. Y los pensionistas no han sufrido casi nada; las pensiones han ganado cierto poder adquisitivo en estos años al no haber inflación.

Aquí, los verdaderamente golpeados son los menores de 45 años, que son los que han tenido que lidiar con reducciones de sueldo enormes. Y esas reducciones no se han producido para la gente que tenía un trabajo, las han soportado quienes que no han tenido nunca un trabajo o que han salido del mercado de trabajo. La que ha quedado en paro y la que ha tenido que volver a trabajar y ha descubierto que le ofrecían la mitad del sueldo que cobraba antes o un 40% menos.

Creo que el patrón es muy regular en Grecia, Italia, España y Portugal. Estas generaciones jóvenes, que se encuentran sin horizonte, que no pueden adquirir una vivienda digna, que no pueden hacer planes para crear una familia, que no pueden tener hijos o les cuesta muchísimo tenerlos y que no pueden esperar a tener un trabajo dignamente pagado o con un mínimo de estabilidad, han manifestado una reacción de protesta profunda contra el sistema, de protesta por la izquierda y solidaria.

Mientras que en el norte de Europa me da la impresión, por los datos observados, de que el mayor impacto de la crisis se ha producido sobre los mayores de 50 años, que han visto que sus salarios se han quedado estancados o han bajado, que se ven totalmente incapaces de subirse a las formas nuevas de economía productiva porque están tecnológicamente obsoletos, porque cuestan mucho más caro que los trabajadores jóvenes, que encuentran, en general, mayores oportunidades.

La reacción de estas generaciones de más edad ha sido nostálgica, de querer recuperar un estilo de vida al cual ya no pueden acceder; y esa reacción se traduce en actitudes xenófobas, de eliminar cualquier tipo de injerencia externa y de rechazo a las fuerzas de la globalización que son las que han impedido que sus salarios crezcan. Sabemos que en Estados Unidos los salarios de la gente mayor están estancados desde hace décadas o incluso han bajado; y que en Gran Bretaña quienes han votado a favor del Brexit han sido los mayores, y en particular los de las zonas desindustrializadas, mientras que han sido los jóvenes los que han apostado por la globalización, por la integración europea.

Entonces, el patrón de los partidos anti *establishment* del norte de Europa está formado por generaciones de más edad resentidas con el futuro que les espera, que ven que no van a progresar, que se están quedando fuera de la economía global, de la economía del conocimiento, de la economía de la innovación... Unas generaciones que tienen una reacción mucho más egoísta o mucho más insolidaria, que se manifiesta a favor de estos partidos xenófobos y ultranacionalistas.

Mientras que en el sur de Europa, los golpeados han sido jóvenes que tienen mucho menos que perder porque no han podido todavía adquirir una propiedad, ni siquiera formar una familia, y que tienen unos horizontes laborales muy adversos. De ahí su reacción expresada de esta manera: "vamos a cambiar el sistema". ¿Cuál es el problema? Que España, ahora mismo, está fragmentada generacionalmente. La principal fragmentación no es ideológica, es entre menores de 45 años y mayores de 45 años. Conviene recordar que el PP es el tercer partido entre los menores de 45 años y el primero entre los mayores de 45.

Esta brecha generacional tiene un efecto muy nocivo porque produce una división enorme en el país, con una de las dos partes mucho más débil: la generación de los jóvenes, que tienen menor representación política, menos capacidad de presión sobre el sistema y que se enfrenta a unas generaciones más acomodadas y muy aversas al riesgo, que no quieren, estas últimas, sacrificios, que no quieren incertidumbres y que cierran el paso a cualquier tipo de cambio político. Y eso es lo que hemos visto en estas elecciones: siendo un país envejecido, han sido las generaciones mayores las que han votado masivamente al PP y han cerrado opciones de cambio político en España.

¿Hay algún tipo de alternativa en el medio plazo? La única alternativa que yo veía era el acuerdo PSOE-Podemos, que si se hubiera producido, si hubiera habido buena voluntad o ganas verdaderas entre las dos partes, ahora mismo no habría un Gobierno del PP y sería el primer Gobierno de izquierdas, junto con el de Portugal, en el que se arrincona a la derecha.

En ese momento se habría producido algo totalmente anómalo en Europa: la suma de Gobiernos en España, Portugal, Grecia, Italia e, incluso, Francia que, en cuanto hubiera habido un mínimo de confluencia o entendimiento entre estos países, podría revertir las políticas europeas. Alemania no habría tenido poder para haber seguido como lo ha hecho hasta el momento.

Ahora bien, la posibilidad de que haya un acuerdo PSOE-Podemos en los próximos años la veo remota por la cerrazón de ambas fuerzas políticas. Y no veo que haya posibilidad de que alguno de los dos partidos vaya a adelantar fuertemente al otro; es decir, no veo que se vaya a romper el equilibrio en la izquierda entre una fuerza más radical como Podemos y una fuerza más contemporizadora como PSOE.